



EL DARWINISMO SOCIAL Y SUS RESONANCIAS EN LA EUROPA ACTUAL

SOCIAL DARWINISM AND ITS REPERCUSSIONS IN EUROPE

Amparo ALMARCHA BARBADO

Facultad de Sociología Universidad de A Coruña

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Cuando, desde las ciencias sociales, nos asomamos al estudio de lo que representa la teoría de la evolución social en sus más diversos contextos, siempre podemos quedar presos de un cierto sabor amargo. La visión científica del mundo es para Darwin y los darwinistas una pasión, en cierto sentido, un atrevimiento histórico imperdonable. La controversia darwinista plantea problemas de rigidez y agresividad, que a menudo, se acentúan por las propias peculiaridades nacionales. Así, la especial intransigencia de nuestro catolicismo oficial y la distinta correlación de fuerzas entre liberales y conservadores, si se compra con otros países europeos, más avanzados a nivel ideológico, hacen que el camino hacia Darwin y sus consecuencias, sea mucho más esteticista, moralista y teocrítico en España, que en el resto de Europa.

Como señala Nuñez Ruiz¹, la lectura de los comentarios que se realizan en la época de la muerte de Darwin, demuestra claramente la falta de un juicio positivo, el alejamiento de todo principio de rigor científico y “como las mentes directoras del país seguían desconociendo uno de los supuestos básicos de la modernidad, la idea de secularización y cuan lejanos andábamos de un planteamiento del problema moral y religioso”.

La mirada, siempre crítica, hacia los darwinistas es, a veces, demoledora, independientemente de la ideología de la que participe. Así, Cánovas del Castillo² sentencia: “Darwin no se propone otra cosa que hacer inútil la idea de Dios”. De igual modo, Emilia Pardo Bazán argumenta, “el darwinismo será todo lo que se quiera menos sencillo y accesible al entendimiento”³. Los versos que, con tono apocalíptico, pronunciara en la muerte

- 1 D. Nuñez Ruiz, *El darwinismo en España*, Madrid, Ed. Castalia, 1977, págs 53 y ss.; J. Sarahkán, *Las musas de Darwin*, México, FCE, 1988.
- 2 A. Cánovas del Castillo, *Discurso pronunciado en el Ateneo Científico y Literario de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras* (26, noviembre 1872), Madrid, Imp. de la *Biblioteca de Instrucción y Recreo*, 1872, pág. 47.
- 3 E. Pardo Bazán, *Reflexiones científicas contra el Darwinismo La Ciencia Cristiana*, IV, 1877, pág. 488.

de Darwin Gaspar Nuñez de Arce⁴, quedan rebasados por algunas de las ideas de respetables personajes del mundo académico. Como muestra, baste citar la opinión de Federico Benjumea y Fernández⁵, que, siendo decano de la Facultad de Medicina de Cádiz, opinaba en 1878:

Enciéndase de nuevo la apagada hoguera de la esclavitud, traten los blancos de vender la raza negra en sus mercados, y cuando el fiero capataz descargue rudamente su látigo sobre el africano, al hendir su piel y brotar su sangre, gocemos todos (*sic*) pues se está cumpliendo la lucha por la existencia.

En el momento de la muerte de Darwin, nos situamos ya en plena virulencia ideológica, que creemos no ha finalizado. **El origen de las especies**, publicado en 1859, había provocado en Europa una clara división. Algunos intelectuales, empeñados en asociar darwinismo y materialismo, condenaban el modernismo y el progreso, como ya lo hicieran con Bacon, Galileo o Spencer. Otros, defendiendo posturas menos radicales, llegaron a enfocar un concepto solidario o mutualista del tema de la lucha por la existencia o de “darwinismo social” que se enfrenta, después, al uso más generalizado de la teoría darwinista, en sentido liberal-capitalista.⁶ En este mismo tono, un diario de ese momento que podemos calificar de conservador, *La Epoca*, señalaba el 22 de Abril de 1882 que a las doctrinas de Darwin, aunque no sean enteramente originales, le

“cabe la gloria de haberlas difundido y aclarado” y añade que esas mismas doctrinas “han sufrido rudos ataques y deben ser estudiadas con precaución y prudencia, porque su fundamento es contrario a muchas y muy respetables creencias”. Del mismo modo, pero en un tono más elogioso, *La Vanguardia*, también de 22 de Abril de 1882, concluía con un breve cántico a las teorías darwinistas, reflejando que dichas teorías “ocuparon en la historia del saber humano un amplísimo lugar”; y asimismo, sobre la figura de Darwin y la importancia de su teoría evolutiva en las ciencias naturales, observaba este mismo periódico: “A despecho de ciertas vulgaridades ridículas con que se ha tratado de oscurecer su fama, el nombre de Darwin puede contarse ya, entre los que respetuosamente se repiten de generación en generación”.

Sin duda, uno de los juicios más favorables de la época vendrá de la mano de un representante de la Institución Libre de Enseñanza, Joaquín Costa,⁷ que afirma:

No es fácil augurar la suerte que cabrá en lo venidero a la doctrina de Darwin, ni este es momento oportuno para discutirlo; pero cualquiera que ella sea, y al fin cuando un día llegue a ser convencida de error, esas monografías quedarán como modelo de observación seria y delicada, y a la humanidad les habrá debido la exigencia de un nuevo y más racional sentido en el modo de concebir la vida del cosmos y sus seres.

4 El Poeta oficial de la época Gaspar Nuñez de Arce proponía en sus versos la ruptura del pueblo con esa ciencia pérfida que significa la teoría del darwinismo social: ¡Ay, sí olvidando la celeste esfera el hijo de la fiera sólo a su instinto natural responde! ¡Ay, si recuerda que en la selva umbría la bestia no tenía ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades! Entonces la revuelta muchedumbre, quizás Europa alumbre con el voraz incendio tus ciudades. G. Nuñez de Arce *A Darwin, Gritos del Combate*, Madrid, Librería Fernando Fé, 1891, pág. 93.

5 F. Benjumea y Fernández, **Discurso leído en la Universidad Literaria de Sevilla en el solemne acto de apertura del curso académico de 1878 a 1879**, Cádiz, Imp. de la Revista Médica, 1878 pág 9.

6 Véase esta hipótesis desarrollada en J. Alvarez Junca, **La ideología política del anarquismo español (1868-1910)**, Madrid, Siglo XXI, 1976; y de igual modo en D. Nuñez Ruiz, **El darwinismo...** cit.

7 J. Costa, *Darwin (nota necrológica)*, **BILE**, 125 (Abril, 1882): VI.

La teoría darwinista, en estas idas y venidas, sufrirá también un proceso de colectivización. Así, la **Revista Social**⁸, semanario de prensa obrera, **subtitulada Eco del Proletariado**, señalará en esos momentos que “designar las teorías por el nombre del autor es siempre un lenguaje nacido del régimen de propiedad particular”, sea “el cerebro de Darwin el que ha descubierto la bella teoría de la selección natural”, puesto que a juicio del comentarista, “la teoría sobre el origen de las especies no es obra de un solo individuo; es obra del decimonoveno siglo”.

Esta conclusión, sin duda atinada en un aspecto, es excesivamente radical. Es cierto que otros autores, por ejemplo Spencer, también llegaban a análogas afirmaciones por caminos distintos; no obstante, la paternidad de la teoría, si tenemos en cuenta el infatigable número de investigaciones y observaciones, es patrimonio de Darwin a lo largo de toda su vida.

PLANTEAMIENTO ACTUAL

Para bien o para mal, sobre la base de la teoría de las diferencias y la lucha por la supervivencia, nuestra sociedad, a poco más de un siglo, discute y revisa la teoría del darwinismo social. Si bien se relativiza el modelo biologicista de entender el significado de la selección natural, sin embargo se proponen acciones políticas y se toman decisiones de actuación por parte de muchos gobiernos sobre la base de las diferencias, convivir con la diferencia es hoy un problema de difícil solución, especialmente en una Europa atacada por un nuevo sentir del darwinismo social y las teorías raciales.

Nuestra hipótesis, en este breve apunte, es que resurgen en la actualidad los viejos espectros de una ideología, la del darwinismo, en términos de justificar un determinado tipo de teorías raciales. De este modo, los representantes del darwinismo social cobran un especial eco; así, autores como Gobineau, Galton, Pearson, Lapouge o Gumpłowicz, entre otros, salen de nuevo a escena y refuerzan científicamente muchas de las actuaciones tanto estatales como individuales, en una mayoría de países donde el pensamiento occidental dio a conocer los escritos del naturalista inglés, así como los de sus seguidores. Europa se puebla de nuevo de los “fantasmas” del neodarwinismo y cuestiones, que desde el punto de vista de la biología, hoy harían sonreír a muchos investigadores, están justificando, o al menos explicando políticas racistas y xenóforas.

Estudiar el darwinismo social en el contexto actual significa comprender el traslado de esta teoría, a casi más de un siglo y medio de distancia en el tiempo. No obstante, a pesar de su peculiaridad y lo paradójico del contexto actual, las claves esenciales del sustrato ideológico, que determina el acontecer político y social de aquellos momentos, parecen tener actualidad de nuevo. Al menos tres aspectos explicarían su aparición en el contexto histórico:

- a) El darwinismo social se halla en íntima relación con la estructura y problemática de la sociedad burguesa que surge de las convulsiones sociopolíticas de fines del siglo XVIII;
- b) Las fuentes del darwinismo social hay que buscarlas en dos teorías que van a llenar la segunda mitad del siglo XIX, la de Ch. Darwin⁹, y la de H. Spencer¹⁰;

8 Véase el editorial de la **Revista Social**, N.º. 50 (mayo, 1892).

9 Ch. Darwin, **El Origen de las especies**, Madrid, Alianza, 1978

10 H. Spencer. **La Justicia**, Buenos Aires, Heliasta, 1978; H. Spencer, **El Individuo contra el Estado**, Madrid, Júcar, 1977.

- c) El carácter ideológico de la teoría del darwinismo social y las secuelas que se originan.

Nos interesa, fundamentalmente, detenernos en las dos últimas. Si tomamos en consideración las fuentes, el origen doctrinal de la teoría, enseguida, llegamos a la distinción de la primera, como preferentemente biológica, que se propone responder al problema de la multiplicidad y variabilidad de las especies orgánicas. A diferencia de ésta, la de Spencer es expresamente una teoría social. Para este último autor, Spencer, las sociedades humanas funcionan y se comportan como verdaderos organismos. Su interés, es entender la ley general que rige el mundo orgánico, y trasladarla al social. Esa ley de la evolución social, ley universal, y severa disciplina de la naturaleza, explicará los mecanismos de la selección natural, los cambios de una menor a una mayor coherencia.

Si intentamos analizar el carácter ideológico de la teoría del darwinismo social es preciso considerar dos líneas de pensamiento. Una de ellas basada en la negativa a toda clase de reforma, que puedan atenuar los resultados de la lucha por la existencia; la otra, es precisamente consecuencia de ésta, y se refiere al proceso de radicalización que provoca una justificación ideológica del aniquilamiento del adversario, lo que se ha venido en llamar, el “darwinismo social exterior”. El darwinismo social, que había consentido, sin paliar la derrota de los menos capaces, en términos de selección natural, pasa a una actuación más directa. De la lucha por la existencia, con el triunfo del más apto y la desaparición del menos apto, se llega a la lucha de naciones, provocada por la concentración de capitales financieros así como por la globalización de los mercados mundiales.

De hecho, al menos dos de las tres características que señalamos más arriba, tienen una gran vigencia en la actualidad. Por una parte, también la sociedad burguesa de nues-

tro tiempo se siente convulsionada por la “invasión de los más desfavorecidos”, el Sur mira hacia la Europa acomodada, y si nos fijamos en el mundo americano, algo similar está ocurriendo. Los habitantes de las zonas más pobres buscan nuevos medios de vida fuera de sus propias comunidades. Los inmigrantes y refugiados aparecen en escena, y muchas veces son expulsados de forma violenta. La búsqueda de la identidad nacional, es el motivo fundamental de carácter ideológico, que sirve de explicación para configurar el rechazo hacia los más desfavorecidos, en términos de supervivencia. Este sería, a nuestro juicio, “el darwinismo social interno”, que en ocasiones manifiesta su radicalismo con hechos violentos.

DARWINISMO SOCIAL Y SUS CONSECUENCIAS

No podemos equivocarnos respecto a la importancia real que como teoría científica podía tener la tesis darwinista; efectivamente no sólo no era original, sino que además Darwin se sintió condicionado por los estudios que llegaron a sus manos, sobre todo de Alfred R. Wallace que con conclusiones análogas a las del propio Darwin, impulsó a éste a la publicación de su manuscrito. **El origen de las especies**, tuvo importantes precedentes en Malthus, Linneo y Ch. Lyell.

También era cierto que el darwinismo social como teoría científica fue en el momento de su aparición una fórmula para racionalizar y justificar la realidad de la estratificación social como teoría científica fue en el momento de su aparición una fórmula para racionalizar y justificar la realidad de la estratificación social, sobre todo en Norteamérica. De esa forma, se intentó la conciliación con la ideología igualitaria dominante. Y, si bien, sus representantes más genuinos, Spencer y Summer han contribuido al desarrollo de la teoría social en general, su aportación más conocida es precisamente esta teoría del dar-

winismo social. Dicha teoría se entiende en estos autores como la convergencia de determinados hechos científicos con un nivel de valoraciones sociales, como resultado de los procesos de selección natural como una lucha entre individuos por los recursos limitados del medio natural. Por tanto, supervivencia y herencia serían los puntos que conviene tener en cuentas al comprender la derivación de la teoría darwinista.

En los albores del siglo XX, el darwinismo social había decrecido en popularidad dentro de las ciencias sociales, sobre todo al aparecer nuevas teorías que concebían mayor valor a las normas que a la propiedad (Durkheim)¹¹. Según señala Hofstadter¹², nunca habían sido tan candentes los grandes problemas de la libertad individual y la responsabilidad social. El viejo individualismo, basado en el *laissez-faire*, perdía su tono moral.

El darwinismo social en su forma clásica sólo va a tener un interés histórico para los especialistas de ciencias sociales, si bien la teoría evolutiva se renueva y constituye un nuevo modelo de explicación, el evolucionismo social contemporáneo, que Eisenstadt¹³, Bellah¹⁴ o Parsons¹⁵ van a desarrollar para entender los procesos del cambio social. La eficacia tecnológica y la división del trabajo son dimensiones del progreso. El legado del

concepto de sociedad como unidad funcional, así como la comparación sistemática de culturas, en términos de convergencia y asimilación, son quizás los excesos del darwinismo social histórico, que aún pueden tener cierto carácter de influencia, y que deberíamos considerar como preventivo social.

El pensamiento social evolucionista en Europa como teoría del cambio social, va a tener seguidores que a través de la analogía orgánica, perseguirán una explicación de la conducta social. Así, P. E. Von Lilienfeld¹⁶ asumió que la sociedad era un organismo real; A. Espinas¹⁷ consideró a esa sociedad como entidad viva sometida a leyes naturales como la cooperación, la división del trabajo y la delegación de funciones, entre otras; o R. Worms¹⁸, que en la búsqueda de analogías entre organismo y sociedad, consideró que el grado más alto de desarrollo está representado por el grupo nacional. Por supuesto, no se acaba aquí el grupo de los “moralistas”, que pretendieron dar este enfoque al estudio de la sociedad. Un grupo relevante de darwinistas sociales, se va a ocupar de la evolución social, interesándose tanto por las razas, como por las diferencias raciales entre los individuos. A nuestro juicio, destaca por el interés de sus doctrinas, J. A. Gobineau¹⁹, que sostiene que las razas no son iguales, ya que algunas son más aptas para el progreso, y otras completamente incapaces de civilizarse. De igual

11 E. Durkheim, **De la división del trabajo social**, Buenos Aires, Schapire, 1973.

12 R. Hofstadter, **Social Darwinism in American thought**, New York, Braziller, 1969.

13 S.N. Eisenstadt, *Social change, differentiation, and evolution*, **ASR** 29 (1964): 375-386.

14 R.N. Bellah, *Religious evolution*, **ASR** 29 (1964): 358-374.

15 T. Parsons, *Evolutionary Universals in society*, **ASR**, 29 (1964): 339- 357.

16 P. E. Von Lilienfeld, **La patologie sociale** (1896).

17 A. Espinas, **Las sociedades animales**, 1877, cit en R. Worms, *Organisme et société*, Paris: V. Giart et E. Brière, 1896

18 R. Worms, **Organisme et société**, Paris: V. Giart et E. Brière, 1896.

19 J.A. Gobineau, **The moral ant intellectual diversity of races**, London, Garland 1984.

modo, Sir Francis Galton²⁰, y K. Pearson²¹, sostendrán que los factores biológicos “dominan la evolución del género humano”, y “éstos y sólo éstos, pueden dar luz sobre el nacimiento y caída de las naciones, sobre el progreso racial y la degeneración nacional”. Los eugenistas, identificaron al dotado con la clase superior y al “no” dotado con la clase inferior.

Aunque, a menudo, puede resultar pasado de moda este discurso basado en el análisis de hundimiento de las civilizaciones, la degeneración de los pueblos, o las desigualdades étnicas, por demasiado catastrofistas, no podemos olvidar su perniciosos resultados, a poco que nos volvamos a la reciente historia europea. G. V. Lapouge²², llegará a sostener que la raza Aria o Nórdica era superior a otras. Para este autor, “la selección tiene lugar en muchos campos: el de la guerra, el de la lucha política, o el de la competencia económica”. Y, del mismo modo, Stoddard²³ propone la construcción de una raza, “por multiplicación de los superiores y eliminación de los inferiores” es decir, una limpieza de la raza, que como ideal eugenésico, suponga la creación de una “super-raza en continuo perfeccionamiento”.

Las consecuencias, quizás no esperadas, del darwinismo social, o del evolucionismo social contemporáneo, van a tener una inmediata “aplicación” en la política nacional alemana, tanto en el programa nazi de 1920, aún tímidamente reservando los cargos públicos a la ciudadanía de sangre alemana, como más tarde con la llegada de Hitler al poder en 1933, y con las leyes de Nuremberg de 1935, a través de las que se prohíbe toda relación entre judíos y alemanes.

No nos parece irrelevante el hecho de esta conexión entre las teorías clásicas del darwinismo social y la justificación del nazismo; como tampoco parece posible relacionar la actual oleada de racismo y xenofobia, que se está desarrollando en algunos países europeos, y que busca la justificación en la identidad nacional, y la preservación de ciertas conductas sociales, que favorezcan al conjunto de la población tanto en políticas de empleo, como sociales, y que descansan su valor en términos de estratificación social, es decir, herencia y supervivencia.

LA IDEA DE PROGRESO: CONDICIONES DE SUPERVIVENCIA DE LA HUMANIDAD.

La fe ilimitada en el progreso de la humanidad está siendo puesta en duda en bastantes aspectos. En cierta medida, el saldo de un milenio aparentemente democrático, liberal y con tintes socialistas, ha resultado falso. La suposición de que la Tierra posee materias primas y de energía inagotables, también se ha puesto en duda. Un determinado tipo de progreso resulta poco menos que agotado. El concepto de progreso posee, creemos, diferentes perspectivas, sobre todo si se tienen en cuenta algunos fenómenos históricos. Así, podríamos señalar la idea del Cristianismo, de pasar de un mundo a otro, del “valle de lágrimas terrenal” a un nuevo mundo, el cielo. Otro de los modos de entender el progreso consiste en el hecho de dominar la naturaleza a través de la mejora de los conocimientos, siempre dentro del acontecer natural. Por encima de este concepto, estaría el hecho del

20 F. Galton, **Hereditary Genius. An Inquiry into its laws and consequences**, London, Fredmann, 1978 y Herencia natural, 1989, cit. En E. Mair, **Una larga controversia: Darwin y el darwinismo**, Barcelona, Crítica, 1992

21 K. Pearson, **The chances of death, and other studies in evolution**, New York, Arnold, 1897.

22 G. V. Lapouge, **Raza y Medio Social**, 1909. Y R. Hofstadter, **Social darwinism...** cit.

23 L. Stoddard, **The Rising tide of color**, New York, Charles Scriener's Sons, 1920.

progreso en el sentido de emancipación del individuo de su orden natural.

Es preciso considerar, al mismo tiempo, que frente a estas corrientes, en la actualidad existen bastantes grupos sociales que mantienen un gran escepticismo ante la civilización y ciertos grados de hostilidad frente a la técnica. No se trataría tanto de estar en contra de las conquistas técnicas, como de atisbar, cada vez más, las consecuencias negativas que puede acarrear el dominio ilimitado de la civilización técnica. Por una parte, el hecho de limitar el uso o consumo de las reservas de energía y de materias primas, así como preservar las condiciones de ese uso o consumo, hace necesario introducir reformas, de manera que no se extremen los conflictos entre los diferentes grupos sociales y nacionales. A juicio de muchos, es difícil aunar el desarrollo técnico con el crecimiento cualitativo y la paz social. Como indica Festcher²⁴:

La formación del mercado mundial, que con gran entusiasmo fuera saludable tanto para los economistas liberales clásicos como para Marx, ha traído a los pueblos de la tierra tantas ventajas como desventajas. No se ha producido la paz que esperaban los doctrinados del libre comercio, pero la superioridad económica de las naciones industriales ha destruido los sistemas económicos y culturales independientes de la periferia y los ha convertido en apéndices de la economía de la metrópolis.

De alguna forma, la transformación o reducción de la idea del progreso a un mero crecimiento de la producción ha llevado a una atrofia de una concepción de vida cualitativamente mejor. Una sociedad alternativa podría distinguirse de las sociedades industriales existentes porque estaría en condiciones de tomar en serio la naturaleza, como algo vital para la existencia humana, y, por tanto, no

hacer de ella el objetivo de una explotación casi ilimitada.

LA NUEVA EUROPA: ¿UNA EUROPA SIN ALMA?

Europa como idea nace en el siglo XVIII, como símbolo de unidad continental y de organización de los pueblos, en un clima de cosmopolitismo y como resultado de la Ilustración. Europa, el continente privilegiado y casi destinado a realizar nuevas formas de colaboración internacional, sin guerras, ni odios nacionales, para así cumplir el ideal reflejado por Kant en su paz perpetua, está a punto de fracasar, de modo rotundo, en este último quinquenio. El sentido de Europa como portadora de la civilización, de una civilización común, se define y concreta en el período entre las dos Guerras mundiales, y antes del florecimiento del nazismo. Aunque la aventura de la cruz gamada esté fuera de la historia en el sentir de muchos europeos, y además, la derrota de la Alemania nazi en 1945, posibilitara otras ilusiones; lo cierto es que esa Europa, “tierra de la libertad contra el despotismo” según Maquiavelo, no está realizando esos ideales.

Hasta que los estados europeos no se desprendan de sus tendencias históricas, a menudo subconscientes, de tener un papel dominante, y no desechen la tentación de ser el centro de la historia, la idea europea estará sólo entre bastidores. El sentido de comunidad se fragua teniendo en cuenta el cambio social en términos de cambio histórico, es decir, un nuevo concepto que tenga en cuenta un carácter más íntimo, que combina razón y voluntad puestas al servicio del “deseo de ser con otros”, como señaló Ortega²⁵. La comunidad va más allá de la nueva yuxtaposición o agrupamiento de los grupos sociales partici-

24 I. Festcher, **Condiciones de supervivencia de la humanidad**, Madrid, Alfa, 1988.

25 J. Ortega y Gasset, **Discursos políticos: vieja y nueva política**, Madrid, Revista de Occidente, 1959.

pantes en cada Estado, para poder afirmarse como pertenencia. La conciencia de ser nacional no debe significar un impedimento para pertenecer a una comunidad. La mayor dificultad en la actualidad nos parece que reside en combinar la existencia real de una conciencia europeísta, entre los ciudadanos miembros, y los fuertes sentimientos de identidad y cohesión nacional originados, en parte, por la defensa de valores sociales, religiosos y culturales, además de los intereses económicos particulares.

La razón de preguntarnos sobre una Europa sin alma está, precisamente, en buscar el lugar donde se sitúan las minorías étnicas en esa Europa, definida por su carácter de multicultural, cómo entran en el engranaje del sistema económico de producción, siempre en los niveles más bajos del mercado de trabajo. El emigrante, el europeo “no comunitario”, como a veces se le denomina en los informes y estadísticas de la comunidad, que ha llegado por la “puerta de servicio” al edificio de la libertad y del progreso, sufre el problema más agudo del significado real de una Europa unida.

El ejercicio del poder y de la dominación es la forma mediante la cual se ponen en marcha formas de conflicto, y muchas de ellas son producto de esa marginación que sufren los emigrantes en el interior de una cultura dominante. Como señala Alonso González ²⁶, unida a la marginación que pueda provocar una cultura dominante, sobre la persona o grupo que no sea parte de esa misma cultura, “se une la automarginación de la cultura minoritaria, desarrollándose con frecuencia

conductas y actitudes indeseables por parte de ambos grupos”, que al mismo tiempo, son fruto de posturas ambivalentes, y que provocan especial rechazo, en cada uno de los grupos, el de acogida y el de llegada.

Los modelos más lógicos para pensar en una Europa unida abierta a un futuro multiétnico y pluricultural pasan por analizar la viabilidad de ese futuro, con la aceptación de la existencia real de prejuicios y estereotipos nacionales, en una Europa vinculada, no sólo por motivos coloniales o de proximidad geográfica, sino dentro de un concepto de igualdad universal. Dicho modelo estaría alejado del prejuicio elitista y racista, mantenido por alguno de los llamados neodarwinistas sociales.

Para la construcción de una Europa unida, respetuosa y solidaria entre sus pueblos y sobre todo con aquellos que llegan como emigrantes, es preciso tener en cuenta un esquema nuevo de valores, en las instituciones comunitarias y nacionales, tanto en el aprendizaje de la tolerancia, como en el respeto de las libertades y derechos. Desearíamos que estuviera fuertemente alejada de consideraciones diferenciadoras sustentadas en motivaciones raciales, que con un carácter de leyes naturales, se revelan aún hoy en ciertos grupos atrapados, como señalamos más arriba, en ese círculo vicioso de tipo ideológico, muy cercano a las explicaciones del darwinismo social. Hora es de buscar un alma nueva en nuestra Europa demasiado acostumbrada a las equivalencias de leyes naturales que justificaron el progreso como competencia o como lucha por la supervivencia.

26 C. Alonso González *Hacia una Europa multiétnica y pluricultural*, **Sociedad y Utopía**, 2 (1933): 142.